

Querida Marcia Soledad:

Te cuento esta historia porque creo que es bueno que la conozcas. No es ficticia del todo, porque en mi opinión presenta a una persona a quien, aunque no es frecuente encontrar en la vida, no es imposible. Espero que vivas conmigo el relato, imaginándolo, porque, si tienes la paciencia para revivirlo, comprenderás mejor al ser humano; es decir, también podrás interpretarte y advertirme mejor. *Anyway*, te la mando con la esperanza de que aprendamos juntos, para que veamos cuál es el costo de ser auténtico y, apoyándonos y queriéndonos como nosotros sabemos, estemos prevenidos de personas como Laila, sintiendo compasión por ella y con la apertura de nuestras mentes, almas y corazones.

Tuyo, Georgy.

LA LEY DE LAILA

Cuando me desperté, esa mañana de primavera en un lujoso departamento de la Avenida 6 de Agosto; en un lugar tan limpio, iluminado y rebosante de plantas, aunque después me enteré de que en la habitación contigua dormía el ex-seminarista alemán que había secuestrado a un importante empresario local y que al cabo de poco tiempo sería torturado y acibillado por los sicarios del gobierno *de izquierda*; me sentí feliz. Al secuestrador, que era el *roommate* de mi pareja, yo lo vi una sola vez. Estábamos departiendo entre pocos invitados, él llegó, se sentó supuestamente a conversar cinco minutos, pero no dijo nada y se fue a su cuarto. Al departamento, yo fui solo o acompañado en varias ocasiones.

Te cuento que pasé la noche en el edificio *Regressus*, con Laila, una mujer hermosa, poco ardiente, es cierto; muy convencional en los juegos eróticos; pero que me regalaba una certeza insuperable: Yo, un joven de 23 años, aunque poco exitoso según los criterios económicos corrientes, era alto e inteligente, y ella me asumía como su mejor estudiante y una persona fuera de lo común. Yo era parte de un contexto en el que, aunque un poco anodino, ganaba, si competía. Por estas *cualidades* y por la auto-certidumbre motivada, aunque un poco exagerada, era natural para ambos que *mi* profesora me haya prometido la máxima calificación (lo que cumplió posteriormente, en una nueva materia). Yo acababa de despertarme con la sensación de que, aunque breve, el descanso después del placer, fue al mismo tiempo, delicioso y motivante de la siguiente expectación.

Desperté con la expectativa de acariciar de nuevo a Laila, la extranjera, que se esforzaba en generar un aire de exotismo enigmático, en especial por sus ropas y *souvenirs* comprados en locaciones lejanas de Asia y África. Desperté con ganas de besarla, de tocarla y de aspirarle los senos, pese a que, recostados lado a lado, ella solía decirme cuando no encontraba dónde poner el brazo más próximo a mi cuerpo: “¡ay carajo!, me sobra una teta...”. No obstante que era una mujer avezada en el sexo, los besos linguales no le emocionaban y hasta los repudiaba por considerarlos compromisorios y poco higiénicos.

Recuerdo que su paranoia llegaba a ser enfermiza: aparte de la migraña y los herpes zoster, tenía muchos males, siempre con nombres raros para mí y, según yo, para el resto de los mortales. A mí me parecía que buscaba dar la impresión que ser alguien *chic*, exótica,

elegante, distinguida, sofisticada y, tratándose de sus males, extravagante e inefable o, al menos, alguien con malestares incomprensibles e inusuales para la gente corriente. El populacho para ella era, por supuesto, la *clase media*. Pero... ¡jojo!, no había nada más extraño a las enfermedades de Laila que los males que aquejan a los pobres. Sería aberrante que la *flor y nata* de una ciudad culta, la suya, y del país de donde procedía, *Divitland*, siendo tal vez, descendiente del peor dictador, un tirano llamado Manuel de Rosas; tuviese, alguna enfermedad de *pobre*. En el caso extremo de evidenciarse la anemia, por ejemplo, ¡ah!, eso era otra cosa, constituía un signo respetable y *chic*, de la vida bohemia que ella llevaba, esforzándose por convencerse de que la practicaba con intensidad. Más, imitando el estilo francés, se sentía *invitada* con frecuencia, a olvidar las *formalidades* de comer y alimentarse, peor, en un medio ambiente que percibía sucio y del que decía que algunos condimentos solo agradecerían a las llamas.

Sí, su conflicto fue siempre la diferencia, distanciarse de la clase media de su país a la que detestaba; no obstante, era a la que debía *todo*. Separarse de su madre, por la que sentía desprecio y a la que se negó a visitar tiempo después, pese a que la anciana reclamaba la presencia de su hija en el lecho de muerte. Ni a su entierro fue con el argumento *filosófico* – ¡ah sí!, esa es otra temática digna de análisis- de que, siendo *filósofa*, nunca la necesitó, ni en vida ni muerta. Por lo demás, cuando muriesen sus tías que enterraron a su madre y que después le heredarían bienes inmuebles, acudiría a su ciudad natal para “matar dos pájaros de un tiro”: Iría por las dos casas que la madre y las tías le dejasen como única heredera.

Como sabes, querida Marcia Soledad, de acuerdo a lo que sostuve en un conversatorio entre feministas; para mí, la palabra “filósofa” es un contrasentido *in terminis*. Menos mal que tú no tienes pruritos como el de Laila; por eso entiendes que, indefectiblemente, el tiempo corrobora esta tesis de la sabiduría críptica que supone que las mujeres no *buscan* lo que creen que ya *poseen*. Pero, bueno, Laila desde niña, creía que su madre sentía celos por la excesiva atención que su marido, el padre de Laila, otorgaba a la única hija de ambos. Tenerla solamente a ella fue una decisión, entre otras cosas, por el agotamiento y el costo de criar a varios niños, especialmente cuando son pequeños y extraordinariamente demandantes. Tal es el imaginario colectivo de la clase media-alta provinciana de la hermana república de *Divitland*. Los hijos son una molestia necesaria que, de ser posible, hay que minimizarla cuando no se la evite absolutamente.

Entre las diferencias que se obstinaba por explicitar que eran, según ella, parte de su *sui generis* personalidad, se cuentan, por ejemplo, llamar a sus dos perros “Rodríguez” y “Gutiérrez”. Los perros estaban al nivel de dos apellidos bolivianos frecuentes, de escasa alcurnia. Al parecer, los Rodríguez y los Gutiérrez bípedos, representaban al hombre corriente del entorno, con quienes tuvo, según el caso, la *buena* o la *mala* fortuna de relacionarse, incluso algún amorío cuando recién llegó al país.

El prurito de marcar las diferencias incluía vestir ropas, generalmente túnicas traídas desde Yakarta, que la mostraban como una sacerdotisa de Hare Krishna. A Indonesia fue por las vicisitudes y los milagros del buen Baltasar que, como *rey mago*, era también su jefe y amante de su amiga Eihra. Sí, es un nombre extraño incluso para una mujer ligera, sin embargo, el nominalismo le caía bien, porque la nieve que su nombre evoca escondía dos hechos: primero, que era una persona desquiciada, desliéndose cuando salía el Sol y,

aunque podía repetir párrafos íntegros de novelas que había leído varios años atrás, Eihra, como la nieve, estaba vacía debajo de los copos de diversa forma de su personalidad. En fin, el buen *magó* le permitió a Laila llegar a lugares exóticos con la mágica justificación de cumplimiento profesional de la *representación* o *misión diplomática*. Claro, en esto como en todo el mundo de los viajes y las actuaciones de los agregados, si no hay sexo de por medio, si no hay venalidad y compra de cargos; se explican por la amistad, el parentesco, las logias, los grupos de exceso y un largo y variopinto *etcétera*. La embajada del país de Baltasar en el nuestro, no fue la excepción.

En los años que compartimos, conocí varios departamentos donde Laila vivió, todos en los barrios de Sopocachi o San Jorge. Aparte del lujoso lugar que te cuento, conocí un departamento que era parte de una casa con el sótano accesible solo por el departamento, donde se escondió Juan Lechín Oquendo, cuando lo buscaba la represión para torturarlo o asesinarlo. También conocí dependencias en la planta baja del edificio Europa. Después, tengo entendido que se fue a las afueras de la ciudad, pero no conocí lugar alguno.

Pero, ¿qué sentía Laila viviendo en Bolivia? Por sus arrebatos de tono un poco esquizoide, a veces se le incrustaba entre ceja y ceja, la idea de mudarse. Primero, hay que tener en cuenta que los viajes internacionales auspiciados por Baltasar y sus ayudantes de hechicería, siempre eran bien recibidos por ella, sea a donde fuera, mejor si se trataba de una agregación lejana, en países estrafalarios y exóticos. En la lista hay representaciones diplomáticas prolongadas por lustros; argumentadas con un dizque cínico: “licenciada en ciencias ocultas”, en ciudades como Yakarta, Lisboa, Kabul o Bahía, donde, naturalmente, lo más importante era disfrutar al máximo del exotismo nativo y de las ocurrencias del resto del personal diplomático (mejor, si no eran latinoamericanos y, sobre las mujeres, ni hablar: sencillamente no existían o no debían existir).

Baltasar fue la fuente principal del patrocinio de Laila para tan auspiciosas experiencias de vida. Esa fue la albricia de un hechicero a tan bellísimo ser, a pesar de que ambos vivían rodeados de llamas. Sobre el retorno por los favores recibidos, fue siempre esmirriado y satisfactorio colateralmente para alguna actriz de reparto: se trataba de coauspiciar el amorío con la amiga Eihra que estuvo en algunas ocasiones recluida en un nosocomio para enfermos mentales, incluso antes de morir y sobre la que Laila ejercía poder, para controlarla y mantener satisfecho al principal funcionario de la embajada de *Divitland*.

En otra ocasión, querida Marcia Soledad, te contaré cómo el mago hacía aparecer en su despacho *profiles* de su país como colonialista del nuestro. Cómo los mostraba o vendía la información, desfilando ante los ojos anonadados de uno de mis amigos *gay*, que por circunstancias inenarrables llegó a su despacho, una cáfila de prófugos de *Divitland*, delincuentes que buscaban incrementar su campo de acción como personas a las que, el subdesarrollo del nuestro, les hacía sentir tratados con plena deferencia, por ser extranjeros *blancos*, beneficiados con las licencias para hacer de las suyas como jamás soñaron.

Cuando no estaba en algún país de Asia, África o Europa, cuando no hacía observaciones tan banales y *fomes* como “¡qué sucia esta calle, la basura está expuesta, como lo está en Roma...!”, Laila tenía la habilidad para que algún hombre pagara sus deudas. Parecería que ni los sueldos diplomáticos sustanciosos, ni las primas, los viáticos o los demás beneficios

económicos como *representante* de un país al que detestaba, hubiesen sido suficientes. Sin hijos, sin familia, sin responsabilidades y lo más importante, ¡sin tener que pagar impuesto alguno al país que la hospedaba!, tenía la mejor vida del mundo, pese a ser un lugar de escaso nivel internacional, gracias al funcionario de alto rango que la auspiciaba. Sí, no necesitaba saber nada profesional; al contrario, podía aprender por *hobby* algo de la lengua del país anfitrión adonde viajaría gracias al hechicero. No requería *Curriculum Vitae* alguno, siendo consciente de que, en cualquier parte del orbe, la pasaría *bomba*, puesto que los lobos locales en celo y la parafernalia de su alrededor no le decepcionarían.

A mí me sorprendió que, como otras, una vez, María Angélica, su amiga abogaba y *rommate* de turno, nos encontró desnudos en el dormitorio de Laila, cubiertos solo con una sábana de satén, bien entrada la tarde. La abogada llamó por teléfono a un acompañante ocasional, para que salgásemos los cuatro. El sujeto no tardó en llegar en un auto deportivo rojo, súper elegante y muy veloz. Cuando este *amigo* no ordenaba alguna *pizza* para que la disfrutásemos antes de salir, era seguro que iríamos a un restaurante. En efecto, en la ocasión que te cuento, tuvimos que contorsionarnos para ingresar en el auto deportivo diseñado apenas para una pareja. Así, los cuatro nos dirigimos a una peña con comida, música, chistes, cantantes y todo *nacional*, salvo, claro está, los precios ni los clientes. Me sorprendió la soltura con la que el *amigo* nos llevó, nos dejó después del entretenimiento en el edificio *Regressus* para que retornemos a la cama, y pagó la comida, la bebida, los *tickets* y hasta los *souvenirs* que, como muestra de la pobreza artística y folklórica del lugar, se regateaban como parte del negocio de los espectáculos.

Pero, las *amigas* de Laila, salvo algunas que encajan con el perfil de la abogada, fueron recurrentemente pasajeras. Por sus pruritos de tener siempre la razón y de comportarse de modo *civilizado*, como una buena parte de sus paisanos, Laila, pese a ser de provincia, mostraba frecuentemente la desfachatez de abrogarse ser la jueza que condenaba la bajeza, la ruindad, la traición y cualquier otra expresión de la peor calaña, como el motivo que le llevó a *romper* la amistad con *fulanita* o con *zutanito*.

¡Ah!, pero aquí no cabe ningún remordimiento ni deuda alguna. Por ejemplo, después de vivir casi dos años gratis en un departamento lujoso aunque pequeño, del mejor barrio céntrico de La Paz, después de no haber pagado un centavo de alquiler y de exigir a su anfitrión, un *gay* con ínfulas de terrorista verbal, al menos una salida semanal a algún restaurant de moda y de la mejor comida que se encuentre en la ciudad; después de desplantes, abusos y haber hecho *pobre* la vida de este homosexual, más desgraciada de lo que seguramente ya era; Laila, de un día para otro, dejó de hablarle e hizo como si nunca lo hubiese conocido. Típica actitud de quienes creen que están siguiendo el ejemplar camino de Mata Hari, esa espía de Países Bajos que, desarraigada y desinhibida, en medio de su desnudez y sus bailes eróticos, no solo hizo de su marido un pelele, sino que se convirtió a sí misma en un estropajo sexual, capaz de retener la *información* que le hacía fabular sobre su poder y la importancia trascendental de una vida triste.

Sí, Laila, la provinciana, la aprendiz de espía, encontró en un país de excesos mórbidos, de represión y autocracia, el *locus* que siempre imaginó, siendo parte de las personas que pisan a otras, condenando curiosamente, *toda forma de discriminación*. Bolivia es el país de ensueño para los extranjeros; porque también lo es de inconsecuencia ante la ley y el

escenario de iniquidad, donde ser *blanca* y tener un apellido europeo, otorga superioridad instantánea. La gente vulgar y de clase media, los guanacos y las llamas locales, se perciben con los sesos reblandecidos, habiendo encontrado en la inconsecuente Laila a la inspiradora internacional para que se promulgue la *Ley contra el Racismo*.

Es fácil descubrir el *Kitsch* de Laila: hacer migas, aparentar misterio y exotismo, ser incondicional en dar lo que sea conveniente en el momento preciso, promover el esparcimiento con gestos de mujer de la vida, siendo la celestina espontánea cuando sea oportuno. Esto se completaba con esquilmarse hasta el último resquicio de sus *amigos*, incluso al engendro de la avaricia que ella tomaba como un *amigo que la divierte*. Su constante de vida ha sido el saqueo humano y moral de quienes estén a su alcance, sin descartar la estrategia de ser la víctima depresiva que, siguiendo un camino sinuoso e interesante, ofrece también algunas posibilidades.

Por lo demás, es recurrente que Laila se muestre siempre igual: serena, poco elocuente, aunque por lo general, críptica e ilegalmente estimulada; dando a entender que su permanencia en un lugar exótico como Bolivia, plagado de llamas, cerdos y gallinazos, le agradaría, a pesar de las arcadas que le ocasionaba y la estrujaban. Esforzada en construir su apariencia, mostraba que su mundo natural y su procedencia estaban incontestablemente vinculados con las tareas diplomáticas de alto nivel, rozándose con gente muy culta en grandes viajes, con enorme poder diplomático e influencia, entre recepciones, *cocktails* y actividades agradables y hasta *benéficas*.

A Laila le gustaba invitar a sus estudiantes a largas tertulias, con tragos excelentes e invitaciones *delicatesen* como caviar, por ejemplo. Las ventajas colaterales que esta actitud ofrecía eran, por ejemplo, ocuparse con el oxímoron de los más *delicados excesos*, fumar *cannabis* en el país de la mayor libertad del orbe para los extranjeros, donde los actores políticos y los periodistas tienen las mordazas más ajustadas y donde la oposición encontró su némesis más furiosa en la turba enardecida pro gubernamental. Además, a ella le gustaba y tenía tiempo para acudir a algunos paseos que surgían espontáneamente, por ejemplo, a la cumbre de algunas montañas, a El Alto, para ver el paisaje urbano y hacer consultas a los *yatiris* populares. Fueron siempre agradables para su refinado gusto, los platos criollos que consumíamos, a los que llamaba *platillos*, quedando muy enojada si la yema del huevo frito no se servía líquida...

Bien, Marcia Soledad, te cuento mi relato para que tengas una impresión que te permita comprender cómo me sentí, al despertarme yo y no encontrar a la mujer desnuda, delgada y rubia que era mi maestra, 17 años mayor que yo y que me impartía un trato que era la mezcla anfibológica de maternidad frustrada, expectativa pasional y cariño docente. Al constatar que no estaba a mi lado y a pesar de que solamente gemía suavemente con rápidos y terminales expresiones de placer orgásmico, dando por concluido abruptamente el acto sexual con la expresión *eso sería todo*, la quería de retorno. Al despertarme y fabular acerca de lo que fue la noche vívida y pese a que, al parecer, jamás habría experiencias de gozo sexual entre nosotros extremas ni alucinantes; pese a la certeza de que lo que hubo *fue todo*; me desperté con la esperanza de llegar a un nuevo, mayor e intenso comercio sexual. Grande fue mi sorpresa al no verla a mi lado, esperé suponiendo que habría ido a buscar un cigarrillo, fiel a los *clichés* norteamericanos y franceses de fumar después del acto, pese a

que hubo varias horas de sueño. Después de unos momentos y habiéndome incorporado, escuché unos susurros al pie del enorme catre metálico, pesado e inmóvil, donde yo yacía recostado y al que Laila se amarró por sí misma con una cuerda ligera atada al barrote, desnuda, cruzando las piernas y haciendo que las rodillas le sobrepasen la cabeza.

El cuerpo de Laila quedaba entretejido con el hierro del catre. Gemía, parecía que lloraba, tenía un gesto lastimero e inacabable. No, no era el temor por las infecciones o los herpes, no creía que estaba siendo consumida por alimañas que atacaban y destruían su delgada humanidad, penosamente deteriorada... Se trataba de otra cosa, no era tampoco la frustración que alguna vez me confesó, de no haber podido ser madre e incluso de haber sido trapeada por un connacional de mí, que le prometió matrimonio mientras se acostaba con ella, en tanto que, en el momento decisivo, la dejó por otra, supuestamente mejor: nacional, convencional, de buena familia, rica y cuerda. No, no era nada de eso, ni siquiera la frustración de que sus maquinaciones para obtener información de personal diplomático terminaran siempre en fracasos grotescos, descubierta y queriendo obtener mucho más de lo que podía ofrecer, pese a que en esa época recién había pasado los cuarenta y pico años. Tampoco se trataba del recuerdo de sus experiencias extremas que le asaltaban de vez en cuando y que ella contaba cambiando lo esencial de modo que siempre quedaba bien en el colofón del relato. No, lo que le asaltaba y no la dejaría libre el resto de su vida, era la conciencia aletargada por la *cannabis*, de recordar lo qué hizo y lo que omitió, de qué le hizo a quién, a qué hombres, a qué mujeres, cuándo y por qué...

Se trata de la depresión que nadie puede paliar y nunca se cura. Ni siquiera el amor de un joven, que la quería, que la admiraba, que hubiese dado su vida por ella, servía de algo para enfrentar la certeza de un anonadamiento en el que, en la total desnudez, el alma está todavía más expuesta, más vulnerable, más empequeñecida...

Más de veinte años han transcurrido de estos sucesos de los que no quiero acordarme. Al pie del catre, cuando intenté conversar con ella, yo solo avivaba la molestia de su penuria, descubriendo que lo que yo ocasionaba era más llanto, más desesperanza y desolación. Descubrí que en la vida de Laila, la angustia no tiene límites. Al contrario, se ensaña con personas que no ostentan nada que perder, porque han perdido la fe en la humanidad, han destruido lo poco que podría redimirlos ante ellos mismos en el tiempo que no pasa y la sociedad que no cambia. Lo único a que atinan es a ser mordaces serpientes que inoculan el veneno del resentimiento, que odian y querrían vengarse no se sabe de qué, y que, en medio de una diversión fingida, quedan rebosantes por *destruir la historia convencional*. Ante semejante espectáculo, solo atiné después de varios intentos y transcurridos muchos minutos, a vestirme e irme. Tiempo después, tendría la experiencia radical con ella que casi nos lleva a la muerte, o al menos a uno de nosotros... Pero eso, es parte de otro cuento.

Chuquiyagu Marka, septiembre de 2007